

Diógenes

Noticiario

La Editorial Botas, de la ciudad de México, acaba de publicar la cuarta parte de las Memorias de José Vasconcelos, tomo al cual ha titulado el autor, *El Proconsulado*.

Los tomos anteriores, *Ulises Criollo*, *La tormenta*, *El desastre*, partiendo del punto de vista personalísimo del autor, analizan las etapas sangrientas de la revolución mexicana, y de su política, hasta llegar, a través de los diversos acontecimientos históricos que han singularizado el desarrollo institucional de ese país a la República actual.

No es este un libro árido, plagado de consideraciones metafísicas. Por el contrario. Despierta muy pronto la curiosidad y el interés del lector que se adentra con agrado en sus páginas, sin que pesadas disquisiciones vengán a enturbiar la claridad amena de sus páginas. José Vasconcelos está dotado de aguda observación psicológica y de una pupila penetrante para captar el paisaje y la idiosincrasia de los países que visita. La manera como están hechas estas memorias, no es común en los libros de esta índole en América. Hay en ellas algo de eso que llama Duhamel, la novelización de la vida.

En este último tomo, tienen particular interés, los retratos políticos del México de 1928. Entre ellos llama la atención el de Elías Calles, por la fuerza, vivacidad y colorido, con que se destaca este hombre, cuyo influjo político se hizo sentir tan

hondamente en el país azteca. Los apuntes de Colombia, «paisajes y hombres del trópico», Cartagena de Indias, Cali y Popayan, son ricos de verdad y sugerencias. Trasladan a la mente del lector la visión exacta de lo que el autor vió y sintió a través de su temperamento.

* * *

Los ochenta años encuentran a don Domingo Amunátegui Solar, entregado a sus trabajos de investigación histórica, para luego convertirlos en libros sólidos y enjundiosos, hechos a base de una documentación histórica ceñida siempre estrictamente a la verdad. Trata por estos medios de ser ecuánime e imparcial en sus juicios, formulados con un conocimiento claro y efectivo de los hechos que su pluma de historiador analiza y pone de relieve.

Pipiolos y Pelucones título del libro que acaba de entregar a la publicidad, es la mejor demostración de que su interés por las cosas de Chile, se mantiene intacto, y que no obstante sus años, no le faltan fuerzas ni entusiasmo para proseguir en su valiosa tarea. En este libro se preocupa de poner en claro el origen de la agitación ideológica que demarcó los límites en que había de dividirse la opinión pública chilena. El espíritu liberal de Benavente y el de Rodríguez Ordoiza,—hermano del famoso guerrillero y prócer de la patria y el de los Egaña, Juan y Mariano, junto con el de don Diego Portales, pelucones estos últimos, sirven al señor Amunátegui como punto de partida para trazar la trayectoria seguida por Chile en su destino político. La divergencia espiritual en que se sitúan estas figuras representativas del civilismo chileno, dan tema y substancia, al análisis de este proceso de ideas que sigue el señor Amunátegui en esta obra enriquecedora de la historiografía chilena.

La versación profunda que el señor Amunátegui tiene en estas materias y el interés y dedicación que a lo largo de se-

senta años de trabajos ininterrumpidos, ha demostrado por esta clase de estudios, dan a *Pipiolos y Pelucones* el más alto antecedente, para buscar en él, el verdadero origen de la manera cómo se iniciaron en nuestro país, las luchas políticas que lo han conmovido durante su vida institucional. La seriedad acuciosa del señor Amunátegui, en su manera de documentarse, es en esta ocasión, como en la de todas sus obras, la mejor garantía de veracidad. El sitio eminente que ocupa entre los historiadores de América, tiene seguramente en esta virtud, uno de sus méritos.

* * *

El campo chileno, estrechado entre la maciza muralla de los Andes, y los altos acantilados a donde llegan a estrellarse las olas del Océano Pacífico, no dió espacios ni horizontes para que prosperaran entre nosotros los caudillos, que en la Argentina, por ejemplo, llegaron a formar ejércitos y a construir verdaderos estados independientes que se alzaban con arrogancia frente al Gobierno Central del país. En Chile, la omnipotencia y decisión de Portales, concluyó en breve tiempo con el caudillaje que comenzaba, encabezado por algunos militares descontentos con el Gobierno y con la tiranía pelucona de Portales. Sólo algunas partidas de bandoleros, tuvieron cierto auge durante los primeros tiempos de la República. Las dificultades de movilización, la falta de caminos y las preocupaciones fundamentales que ocupaban las actividades de los gobernantes, permitieron que estas bandas de foragidos pudieran mantenerse al amparo de las serranías y desfiladeros cordilleranos desde donde salían en rápidas incursiones hacia el llano central, para asaltar los convoyes de viajeros que en muchas ocasiones eran sorprendidos indefensos. En muchas ocasiones también no fueron únicamente sus haberes los que caían en manos de los asaltantes, sino las mujeres que viajaban, y pasaban de esta manera a ha-

cer una vida dolorosa y llena de terribles alternativas, en el cautiverio.

Entre estas bandas se hizo famosa por sus correrías, durante la época de la reconquista española, la de Miguel Neira, de cuyas actividades llegó a valerse San Martín, para hostigar a los españoles y preparar mejor el camino de su ejército cuando cruzara los Andes. Pero Neira que tenía pasta de bandido nato, quiso seguir en sus correrías después del triunfo de los patriotas y aun cuando se le perdonaron algunas de sus fechorías en mérito a los servicios que anteriormente había prestado a la causa insurgente, su empecinamiento llegó a tales extremos que terminó en la horca, en la plaza de Talca. La banda de los hermanos Pincheira actuó también en los albores de nuestra vida independiente. Eran bandidos que tenían gestos caballerescos, que contrastaban con acciones en que el pillaje, el asesinato y el robo eran su única finalidad. Sus correrías tienen un gran interés, por cierto relieve romántico que caracterizó a algunos de los capitaneaba esa banda, y merecen indudablemente quedar consignadas en las páginas de un libro en el cual, se den detalles del ambiente, del paisaje, así como de las costumbres que caracterizaron esa época.

La señorita Magdalena Petit, autora de *La Quintrala* y de *Portales*, ha emprendido esta tarea en su obra de reciente aparición titulada *Los Pincheira*. Pero este libro que debió caracterizarse por la pintura enérgica de tipos y caracteres, se resiente de esa falla que es fundamental, en un relato de esta naturaleza. Se advierte muy pronto que la autora no conoce el escenario en que actuaron sus personajes, y que no logró tampoco penetrar en su idiosincrasia, en la rudeza de sus reacciones, ni en la violencia un tanto salvaje de sus decisiones. Este libro que ha sido publicado por la Editorial Zig-Zag, es seguramente la menos feliz de las realizaciones artística de la autora de *La Quintrala*.

* * *

Don Enrique Molina, que obtuvo éxitos tan resonantes con sus dos libros de estudios filosóficos, *La Herencia moral de la filosofía griega* y *Por los valores espirituales* ampliamente difundidos en América, no deja su pluma en descanso. Por el contrario, su actividad intelectual es intensa. La Editorial Nascimento, acaba de lanzar dos obras del autor, que demuestran su laboriosidad. Uno de ellos contiene los discursos pronunciados por el señor Molina en su calidad de Presidente de la Universidad de Concepción, con motivo de las festividades con que esta institución celebró su vigésimo aniversario. En ellos se traza en forma breve y precisa la historia, de cómo nació la idea de fundar en la capital penquista, un plantel de educación superior, de la magnitud que tiene hoy esa Universidad. Allí está la historia auténtica de las dificultades que hubieron de vencerse, primero para darle forma concreta a ese proyecto nacido del corazón de un grupo de hombres idealistas y amantes de su ciudad, y después para sostener su realización. La lucha, por noble que sea siempre tiene sus ribetes de amargura y de desaliento. Mas ninguna dificultad por grande que ella sea aminora esta vez el ánimo esforzado de esos hombres cuyo espíritu está animado por tan alto ideal. Poco a poco, los obstáculos van siendo apartados del camino, hasta llegar al magnífico triunfo que representa la creación de esa Universidad, cuyo prestigio ha traspasado las fronteras de la patria, ya que son muchos los jóvenes estudiantes venidos de diversos países de América que en ella se educan. Las publicaciones de sus diversos Institutos, así como la venida de profesores europeos de gran prestigio, penen de manifiesto la voluntad decidida de la Dirección de esa Institución, de no omitir sacrificio, por grande que sea en pro de la cultura. Los *Discursos Universitarios*, constituyen un interesante y hermoso documento, que servirá de ejemplo a los

chilenos, pues señala uno de los casos más enaltecedores de lo que puede la fuerza del espíritu cuando ella se pone decididamente al servicio de la cultura y de la patria.

El libro del señor Molina, de cuya aparición damos cuenta en estas breves líneas, tiene pues una gran importancia. Está escrito con fluidez amena, matizada de referencias que enseñan y hacen al propio tiempo aquilatar mejor el esfuerzo de esos hombres que se deciden a triunfar en una empresa de tan vastas proyecciones y repercusiones. Los tres discursos contienen la historia de las etapas de vida y acción universitaria durante los veinte años de su existencia, llena de penurias e incertidumbres en los comienzos; florecientes después y pródigos en bienes culturales. El capítulo final se refiere al ideario sustentado por la institución, dentro de las normas espirituales con que ha orientado a la juventud.

Una biografía de Alejandro Venegas, maestro y pensador de relevantes condiciones morales e intelectuales, es el contenido del otro libro de don Enrique Molina, que ha editado *Nascimento*. Se trata de la vida de un hombre idealista, que ama entrañablemente su país. Dedicó sus vacaciones de maestro, para recorrer la tierra chilena, para conocerla y estudiar sus problemas y sus necesidades más vitales. Mirando y sintiendo hondamente todo aquello que suscita una solución, en su mente, escribe sus libros que respiran sinceridad. *Sinceridad*, pudiera decirse que es su fuerza animadora, y esta palabra le sirve de título a una de sus mejores obras, de crítica social y de renovación espiritual en las normas un tanto estancadas por las cuales se rigen nuestras instituciones ciudadanas.

Don Enrique Molina, conoció a este hombre desde su juventud. Ambos fueron condiscípulos en el primer curso de nuestro Instituto Pedagógico recién fundado y en el cual se estrenaban todos aquellos profesores alemanes que le imprimieron su orientación inicial. El autor no puede disimular la viva simpatía humana que siente por ese muchacho feo, en

cuyos ojos brilla la luz de una gran inteligencia, luz que a la vez se transforma en simpatía cuando se le trata. El señor Molina escribe estos recuerdos mojado su pluma en esa tinta indeleble de la emoción verdadera, que surge de pronto en una palabra, en una línea, pero que hace el milagro de hacer humedecer los ojos. Y don Enrique lo consigue esta vez sin esfuerzo. Le basta hundirse en el recuerdo y oír el ritmo de su corazón. La figura de Alejandro Venegas se nimba de simpatía, y luego adquiere una consistencia que va impresionando el espíritu del lector, vivamente interesado por conocer todos los detalles de ese maestro que ama a los niños, como un padre y como un amigo, y que se preocupa tan seriamente de los problemas vitales que afectan a su país. Porque aquellas horas que pudo dedicar al descanso, Alejandro Venegas, se las entrega al estudio de esos problemas, que en su calidad de chileno, le atraen y le inquietan. Y lo hace con talento, con generosidad y valentía y con una modestia en la que también hay algo de esa dulzura de su alma de maestro.

Don Enrique Molina ha trazado su silueta, con pulso firme, que sólo tembló cuando la emoción hizo agolparse los recuerdos y sentir la presencia de ellos, como el reflujo de esos perfumes que en el alma no se pierden ni se diluyen jamás.

* * *

Bajo el signo de Ercilla acaban de aparecer dos obras bibliográficas de gran interés. Una de ellas es *León Blum y su tiempo*, por Thadée Natanson, y el otro es *El Emperador fantasma*, por Bertita Harding.

La figura del gran político francés, es estudiada por el autor, desde el momento en que se produce su nacimiento, ocurrido en el año 1872 en la calle Saint Denis N.º 151, hasta los días en que su talento se impone y llega a la jefatura del Gobierno francés, encabeciendo el primer Gabinete de Frente

Popular, de Francia. El caso de Blum, no difiere en mucho al de los grandes predestinados de la historia. Pero sus comienzos hacen pensar en que su talento se lucirá y destacará en el campo puramente intelectual. Se inicia escribiendo poemas en una revista en que también figuran los nombres de Gide, Paul Valery y de otras grandes figuras del pensamiento galo que ha hecho su celebridad en el cultivo de las letras. Entre sus amigos aparecen Anatole France, que le da consejos, y Marcel Proust, con quien mantiene charlas de índole literaria. Mas de pronto su actividad derivada hacia el campo de la política, en donde hallará su alto destino.

El autor de este libro da detalles muy interesantes, relacionados con la infancia de Blum y de sus parientes, algunos de los cuales, como su abuela, tienen una curiosa personalidad. Natanson pinta con lujo de detalles el ambiente de esa familia judía, que vive en el barrio del Hotel de la Ville, en una casa cuyos dos primeros pisos los ocupa la tienda de encajes del padre de Blum. En el tercero vive la familia, y de allí sale todos los días, para dirigirse al Colegio Carlomagno, ese muchacho que un día llegará a ser uno de los más hábiles políticos de Europa.

El libro de Berta Harding, es la historia de Maximiliano de Hapsburgo, desgraciado príncipe que encuentra la culminación de su martirio en aquella loca aventura del Imperio de México. Es un destino doloroso desde sus comienzos el de Maximiliano. Enamorado de la condesita de Linden, sufre la imposición de la orgullosa Corte de Viena, que lo obliga a renunciar a este amor. Se casa después con Carlota, a quien no ama, y es su compañero de calvario en México, a donde va empujado por las ambiciones de Napoleón III, que después le deja entregado a su suerte. En este libro también aparece la figura de Juárez, de aquel benemérito Juárez, que comienza cuidando un hato de ovejas hasta llegar a ser la personalidad máxima de su país, pues en su espíritu bebe la democracia mexicana lecciones inolvidables.